

SAN JULIAN, CRONISTA DE GUERRA

Por el Com. José MIRANDA CALVO
Prof. de la Academia de Infantería, Toledo.

Dentro de la serie de trabajos que a lo largo de esta Semana de Estudios Visigóticos han de desarrollarse con motivo de la conmemoración del Centenario de San Ildefonso, no podía faltar la contribución que el Ejército a través de mi modesta persona realiza, y que, por el doble motivo, de ser toledano y representante de nuestra Academia de Infantería, arma básica en el contexto castrense, entraña doble responsabilidad.

Ha resultado fácil, en extremo, la búsqueda del motivo que pudiera constituir tal aportación, ya que, por encima de cualesquier aspecto castrense de la época, resalta, por lo original y exacta y aguda visión de los hechos relatados, la obra que San Julián escribió acerca de la Historia de la rebelión de Paulo, pormenorizando, dentro del conjunto de su labor de biógrafo del rey Wamba, la campaña que éste llevó a cabo para sofocar la rebelión de la Septimania, a raíz del inicio de su reinado, y que la traición de su general Paulo estuvo en trance de originar una verdadera catástrofe en cuanto a la unidad del reino visigodo y normalidad de su reinado se refiere.

Para nosotros, militares profesionales, resulta sorprendente y admirable comprender, cómo el relato de un eclesiástico por muy versado y formado que fuere y así lo era San Julián, pueda llegar a convertirse en una agudísima crónica de guerra que hoy día podría firmar cualquiera de los expertos reputados como tales.

Vaya, pues, de antemano, nuestra admiración y complacencia por mostrar la serie de detalles que encierra, en ocasión tan magnífica como la que conmemoramos.

San Julián, como sabemos, toledano puro, bautizado en la

propia iglesia basilical de Santa María, nacido allá entre los años 620 al 630, pues en ello no hay unanimidad para precisar, cabe decir que su vida quedó desde niño enmarcada sobre la propia iglesia de Santa María, origen como sabemos de nuestro templo catedralicio actual y que en su peregrinar espiritual fue, desde basilica visigoda, mezquita y luego templo primado.

Formado en la escuela episcopal que en ella funcionaba, contigua al actual edificio, pronto se orientó hacia la vida eclesiástica.

Ni sus antecedentes judaicos familiares debilitaron en cualquier instante, tanto su inclinación, como el agrado de sus padres para ello.

Bajo el obispo Eladio adentróse en el estudio de leyes, humanidades, historia y doctrina isidoriana, que vinieron a constituir el basamento de su personalidad.

Biógrafo de San Ildefonso, del que nos relata su pontificado, cobra relieve particular en cuanto concierne como historiador y biógrafo del reinado de Wamba, por más que pueda habersele calificado por algunos de excederse en sus laudes o interpretación de los hechos.

Dado el objeto concreto del trabajo que nos ocupa, dichas apreciaciones no entran ni cuentan para nosotros, puesto que se ajustan fielmente al comentario profesional.

Con el fin de resaltar el valor tradicional, sentimental y estratégico que para todo rey visigodo constituía el territorio de la Septimania, escenario de los hechos relatados, séame permitida, a título de antecedente lejano, una pequeña digresión al objeto de mejor ponderar y valorar la campaña descrita.

Como se sabe, los visigodos acampaban originariamente en los territorios circundantes al Mar Negro. En sus luchas y peregrinaciones, tanto en contra como a favor del Imperio romano, fueron subiendo progresivamente, a través de las tierras de Tracia y valle del Danubio, hasta desembocar y asentarse en la propia Italia, y, dentro de la misma, en su corazón: Roma.

Bien convencidos de la imposibilidad de su permanencia, bien por convenio de sus jefes con los emperadores romanos, lo cierto es que siguieron su marcha hacia el Norte, traspasaron los Alpes y penetraron en la Galia.



Y ya, desde tiempos de su rey Ataúlfo, tras la toma de Marsella, prosiguieron litoral adelante, apoderándose de Narbona y torciendo hacia el Este llegaron a Tolosa y Burdeos, extendiendo sus dominios desde el Ródano al Garona.

A medida que los romanos arreciaban en sus intentos de impedir su dominio y asentamiento en estas tierras recientemente conquistadas, más intensa fue su penetración hacia España, por lo que vemos la toma de Barcelona por el propio Ataúlfo y la de Cádiz por Walia, en el sorprendente escaso tiempo de dos años, habida cuenta de los medios de la época.

Como Roma esgrimía el pretexto de que su paso y conquista era a título de auxiliares de la acción imperial para arrojar de la península a los demás pueblos bárbaros, alanos y vándalos, especialmente a los que se consiguió arrojar al litoral africano, los visigodos recibieron formalmente de Roma la provincia de Septimania para asentar su dominio y vida.

Constituyó, pues, la Septimania, el inicio de la vida formal del reino visigodo. Por aquella época, la Septimania comprendía los territorios enmarcados en el área ubicada entre Marsella, Tolón y Niza, en su punto más profundo y una faja costera que, llegando a la propia frontera pirenaica, se ampliaba hacia el Este, a través de las ciudades de Tolosa, Béziers, Arlés, Nîmes y Carcassonne, por citar las más características y que por su permanencia actual nos dan cabal idea de la configuración de la provincia asignada al pueblo visigodo, cuya capital quedó fijada en Tolosa. (Fig. 1.)

Partiendo de estos territorios, la expansión visigoda tendió siempre hacia el Este, al objeto de asomarse al Atlántico, ensanchando así lo que de por sí constituía débil franja territorial.

En esta expansión por el interior de las Galias, encontraron el freno de los francos, acaudillados por su rey Clodoveo, ya católico, y el que en empuje irresistible arrebató la casi totalidad de sus conquistas a los visigodos, que quedaron reducidos al territorio secular, y eso merced a la ayuda que pudo proporcionarles el rey Teodredo de los ostrogodos, aunque viéndose precisados a abandonar Tolosa y fijando la capitalidad en Narbona.

De esta manera, ante la presión y peligro de los francos,

viéronse precisados a iniciar formalmente la penetración hacia el Sur, es decir sobre España, alcanzando, paulatinamente, las líneas del Ebro y Tajo, trasladando, en consecuencia, la capi-

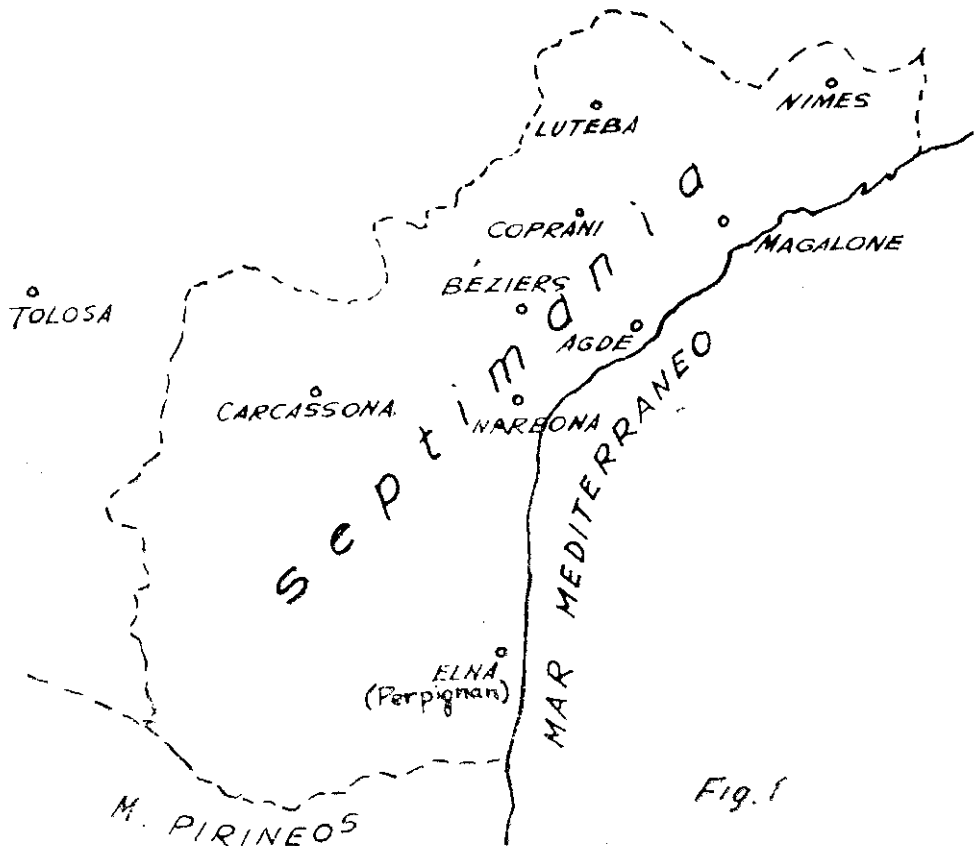


Fig. 1

talidad a Toledo, a la que Leovigildo hizo su capital favorita refrendando oficialmente su designación.

Bien por la lejanía del poder central, bien por la presión e intromisión de los franco-borgoñones limítrofes, lo cierto es que la región secular de la Septimania, se hallaba presta a sublevaciones y revueltas de gravedad varia, pero que ocasionaban similar preocupación que las tradicionales de la región cántabro-vascona.

(4)

Como el proceso de descomposición social se agravaba a medida que las conjuras palatinas y la división de la nobleza debilitaban el poder real, éstas sublevaciones en los territorios citados suponían auténticos peligros, pese a reacciones esporádicas de reyes que como Chindasvinto y Wamba intuyeron su transcendencia.

Por ello, no tuvo, en principio, nada de extraño que al advenimiento de Wamba al trono, se sublevaran, una vez más, para tantear el grado de firmeza real, las regiones norteñas y de la Septimania.

Dejando a un lado el aspecto literario de la obra de San Julián, con sus brillantes descripciones, tanto de los hechos de armas como del ambiente de la época, por lógicas consideraciones del tiempo de que disponemos, nos limitaremos a la traducción real de los hechos, bien entendido que son la transcripción que realiza.

Estos hechos, de los que los cronistas posteriores han dado versiones ajustadas a la realidad, incluso el Tudense, se encierran en los dos códices verdaderos que se conservan, uno en nuestra Catedral y el otro en la biblioteca de la Catedral de Narbona, por lo que se le conoce bajo el sobrenombre de Códice Narbonense y que es el que reproduce el P. Flores en su *Historia Sagrada*, tomo VI¹.

Si a ellos sumamos la completa biografía que sobre San Julián realizó nuestro querido amigo el hoy canónigo archivero-bibliotecario de nuestra Catedral, don Juan Francisco Rivera, resulta en extremo facilitada nuestra labor².

¹ Aparte de la edición de esta obra que fue publicada por el Card. LORENZANA, en el t. II de *Patrum toletanorum quatquot exstant opera*, pág. 330-384, reeditada por MIGNE, *Patrología latina*, vol. 96, col. 761-808, ha sido con posterioridad incluida por su nuevo editor, W. LEVISON, en *Monumenta Germaniae historica, Scriptores rerum merovingicarum*, 1919, pág. 501-529, utilizando el código matritense de G-1 de la Academia de la Historia, así como A-189 de la misma biblioteca correspondientes a los s. XIII y XV y G-1 de la Biblioteca capitular de Segorbe, de quienes dependen la copia de Toledo, BC. 27-26 y la de Madrid, BN. 1376.

² RIVERA RECIO, J. F., *San Julián, arzobispo de Toledo (s. VII), Epoca y personalidad*, Barcelona, 1944.

El carácter enérgico de Wamba, tan pronto como se hizo cargo del trono, a raíz de su elección en Gérticos y su unción en Toledo en el año 672 (19 de octubre) de manos del arzobispo Quirico, determinó que se aprestara a aplastar la sublevación tradicional de cántabros y vascones.

Rebelión que comprendía los territorios sitos desde la zona de Reinosa, en Santander, al curso alto del Ebro, incluida Cahorra.

San Julián, cuya ascensión en el conjunto eclesiástico y palatino le había deparado el honroso encargo de ser portador de la Cruz que con reliquia del Santo Madero precedía el paso del rey, se constituye en testigo excepcional de los hechos y cronista de la obra maestra de la historiografía visigoda.

Y así nos cuenta los hechos.

Estando el rey Wamba, tal vez en la ciudad de Victoriaco, intentando someter a los vascones, cuando llegan nuevas de Septimania, provincia que no había tomado parte en la elección de Wamba debido a la rapidez con que su elección se desarrolló, y que afirman se ha rebelado a raíz del alzamiento acaudillado por Hilderico, conde de Nimes, cuyo primer acto fue ordenar la deposición del obispo de la ciudad, poniendo en su lugar a Ranimiro, adicto a su persona y que dada la ascendencia que sobre el pueblo poseían las figuras eclesiásticas, implicaban mayor gravedad que la de ordinario.

Wamba intuyó desde un principio la gravedad de esta nueva rebelión, puesto que legalmente dicha provincia no había intervenido en su elección y con ello podía ocasionar, bien una guerra civil, bien una secesión de provincia tan cara a la monarquía visigoda que los francoborgoñones aprovecharían, sin duda.

Sin pérdida de tiempo envía a su general Paulo con la mayor y mejor parte de sus tropas, con órdenes tajantes para reprimir la revuelta. Pero Paulo, ambicioso de por sí y conocedor de la débil situación en que el rey Wamba quedaba, con poco ejército frente a los vascones, decide, sobre la marcha, sacar partido de las circunstancias poniéndose de acuerdo con los sublevados.

Así pues, llegado a Tarragona, entra en contacto y convence a los gobernadores de la misma, Ranosindo e Hildigiso, que

se declaran a su favor, decidiendo todos juntos marchar sobre Narbona, capital de la provincia, apoderándose de la misma, pese a la defensa que el obispo adicto al rey Wamba, realizó.

Tras la toma de Narbona, convocan, en campo abierto, al ejército, autoridades y pueblo, y en un acto bien preparado, achacando la senectud y supuesta debilidad del rey Wamba como indicios de degeneración nacional, surge el nombre, por voces dispuestas de antemano, de que el general Paulo debía proclamarse rey.

Y allí mismo, con la euforia de la tramoya preparada, se proclama, Paulo, rey, ciñéndole la corona que en tiempos de Recaredo había ofrendado a San Félix, patrón de la ciudad.

Tras de este acto, toda la Septimania, con la natural complacencia de sus vecinos, los borgoñones, se declaró independiente.

Cabe imaginarse la sorpresa que el rey Wamba tendría.

Y la deducción inmediata que obtuvo de tales hechos.

Convoca urgentemente su Consejo de Guerra, al que concurren todos sus capitanes y consejeros, y les expone la situación, solicitando el parecer de todos y cada uno. Dentro de las naturales diferencias de criterio, la opinión generalizada es la de retirarse sobre Toledo, levantar una leva, organizar nuevos contingentes y marchar sobre los rebeldes.

Wamba, tras escuchar a todos, dicta e impone su criterio.

No cabe retirada sobre Toledo y organización de nuevo ejército, pues ello supondría la consolidación de los rebeldes, dada la vecindad de los franco-borgoñones, e incluso su extensión a la línea del Ebro, con especial amenaza al resto del reino.

Por tanto, hay que actuar con toda prontitud y energía.

Pero antes de así hacerse, debe ahogarse la sublevación de los vascones, pues no cabe dejar a retaguardia peligro semejante.

Es incontestable que su razonamiento es correcto a todas luces.

Para ello hay que imprimir vigor inusitado a la represión, aun a costa de crueldad. Y se realiza de tal manera, con tal energía y rigor, que en poco más de ocho días los vascones, aterrorizados por la represión, piden la paz y sumisión a costa de todos los renunciamientos.

Así conseguido y pacificada la región, con mínimos destacamentos de seguridad que en ella quedan, marcha Wamba, río Ebro abajo, pasando por Calahorra y Huesca, levantando nuevas levas a su paso. (Fig. 2.)

Llegado a Barcelona, sigue avanzando hacia la frontera pi-



renaica, deteniéndose en sus estribaciones, ordenando tres días de descanso total, al objeto de proceder a la reorganización de los efectivos.

Estos los divide en tres columnas, las que por distintas direcciones van a converger sobre idénticos objetivos. Una columna marcharía por la costa, flanqueada por una fuerza naval que previamente alistó desde Barcelona. Otra columna, la de la izquierda, llevaría como objetivo, la fortaleza de Llibia en la Citirrania, y otra tercera, la central, a retaguardia con el rey, a modo de reserva, presta para acudir a cualesquiera de los flancos de las ciudades. (Fig. 3.)

En los primeros encuentros caen prisioneros los traidores

Ranosindo e Hildigiso, pero no así Witerico, que llega hasta Narbona para dar cuenta a Paulo. Hacia allí se dirigen, conjuntamente, las fuerzas de Wamba, en un movimiento convergente, cual hoy día quepa realizar. Las acciones terrestres se combinan con demostraciones de desembarco navales, a cargo de las fuerzas embarcadas en la flota, que van sembrando el desconcierto a lo largo del litoral.

Paulo, entonces, deja la defensa de Narbona a cargo de Witerico, retirándose hacia Nimes, ciudad en la que se conside-

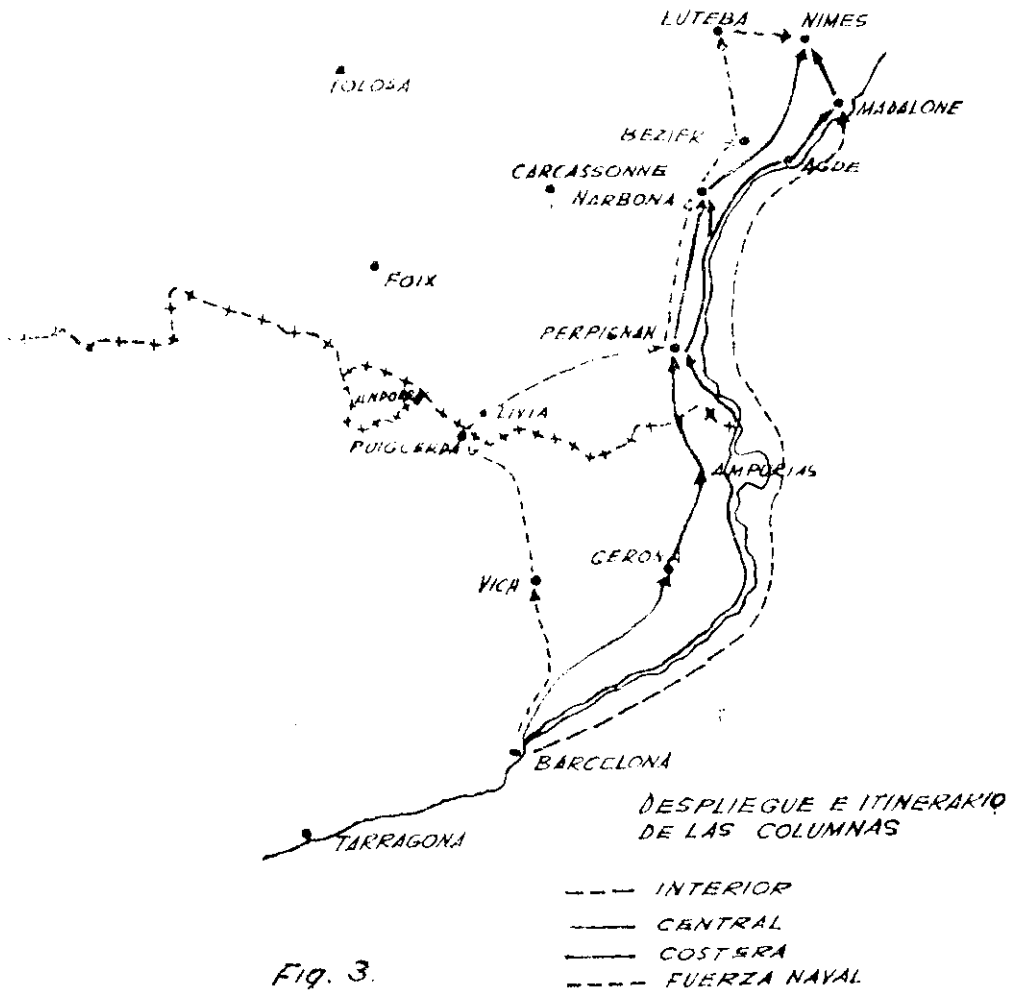


Fig. 3.

raba a buen recaudo, en tanto aguarda la llegada de los refuerzos de los franco-borgoñones a quienes, dado el cariz de la campaña, solicitó ayuda con urgencia.

En empuje irresistible y con el ejemplo constante de su rey, las tropas de Wamba toman Narbona, y el propio Witerico, que con un grupo de sus incondicionales se había refugiado en el templo para prolongar la lucha, es hecho prisionero, después de haber caído al suelo como consecuencia del golpe que con un tablón le propinó un soldado.

Tras la toma de Narbona, prosigue el avance de Wamba, cayendo sucesivamente las ciudades de Béziers, Agde y Maguelonne.

Y así las cosas, Wamba dispone el ataque final sobre Nimes.

Marchando, incluso de noche para no dar tiempo a perfeccionar las defensas de la plaza, se presenta ante sus murallas con sólo parte de sus efectivos, al objeto de engañar respecto a la cuantía de los mismos.

Entablado el combate, con igualdad por parte de los oponentes, Paulo, trata de enardecer a los suyos diciéndoles que tienen enfrente a la totalidad del ejército real y por tanto es empresa fácil la victoria, sufriendo una considerable decepción al ver que, a los dos días siguientes, se presentaban ante la plaza nuevas fuerzas de refresco y una fracción más al tercer día, con lo que se consumó el derrumbamiento de los rebeldes.

Paulo, totalmente perdido, se despoja de sus vestiduras reales y trata de escapar inadvertido, pero, obligado por los principales, manda al obispo de Narbona, Argebaldo, con la misión de pedir la paz y ofrecer su rendición.

Wamba así acepta, ordenando acabar la matanza y dando libertad a los francos que ayudaban a los rebeldes, y encadena a los traidores con Paulo a la cabeza.

En lugar de embriagarse en el triunfo, piensa en el partido que los franco-borgoñones pueden obtener de la destrucción de la ciudad, manteniéndose en la misma hasta tanto no queden rehechas sus defensas y enhiestas las murallas.

Asimismo mantiene un servicio activo de vigilancia para ahuyentar a las partidas de borgoñones que pudieran pulular por la zona circundante, a la vez que procedía a libertar y enviar a sus parajes a cuantos francos caían en su poder, entre-

mezclando así, generosidad de conducta con firmeza sin paliativos.

Concluídas las operaciones de puesta a punto de la defensa, procedió a gratificar a los auxiliares del ejército y se dispuso a regresar a Toledo, tras seis meses de ausencia.

A Paulo y sus secuaces les hizo rapar el cabello, marchar con los pies descalzos y vestir con vestidos de pellejos, portando Paulo sobre su cabeza una diadema de cuero, como símbolo sarcástico de su pretensión.

Así entraron en Toledo, sin ordenar como castigo final su muerte, que no aparece probada, en tanto sí el cautiverio, previa nueva decalvación, que constituía la infamia máxima entre los personajes visigodos.

A lo largo del relato, pues, se muestra la visión estratégica, previsión y acierto en las medidas dictadas por Wamba, quien, tras esta campaña, procedió, como se sabe, a la reorganización militar existente y a la puesta a punto y ampliación de las murallas de la ciudad de Toledo, con el fin de dar muestras patentes en la capital del reino, de la fortaleza que estaba dispuesto a imponer y regir.

En el relato de los hechos que hemos expuesto, observamos la síntesis nerviosa que San Julián nos hace, al igual que en un diario de operaciones se realiza.

Sorpresa, audacia, reflexión, empleo juicioso de las reservas, fraccionamiento de columnas con objetivos convergentes, empleo de la fuerzas navales en ayuda combinada con columnas terrestres, etc., desfilan ante nosotros en visión clara y acompañadas de un fervor nacionalista que su cariño y respeto por Wamba, le hacen exclamar párrafos como éste que no nos resistimos a dejar de transcribir.

Al fustigar a los conjurados y sus tierras, dice así:

“Aquí tienes, Galia, al ejército de los hispanos venido para hacerte volver en razón después de haberla perdido en un acceso de fiebre traicionera. Con no venir completo sino solo en parte, ha podido llegar hasta ti, dominarte, hacerte bajar la cabeza y reducir al silencio tu boca procaz. Mejor demostró él con su espada que tú vociferando en lo que han de estimarse tus jactancias. ¿Por qué te has empeñado en traerles vencedores para caer tú vencida bajo su espada victoriosa? Aquí le

tienes, es el ejército de los hispanos al que te ha vencido con gallardía y, luego de despojarte, te ha reducido a la servidumbre. Pero no quiero que acuses por más tiempo de cruel a quien te ha colmado de beneficios, ya que cuando merecías ser esclava te ha redimido olvidando con clemencia tu p é r f i d o crimen.

No habías aún borrado con el arrepentimiento las huellas de la traición cuando te asoció nuevamente a su grandeza.

¡Qué admirable es esta conducta tan distinta! Tú, cruel; los españoles, compasivos. Ellos te ofrecen la paz, tú les pagas con traiciones; ellos te defienden, tú pretendes asesinarles; ellos han venido siempre a tí con un potente ejército para liberarte, y tú, para expulsarles, incitas a las espadas extranjeras... Aquí tienes a los españoles; les considerabas dignos de desprecio y están a tu lado victoriosos y compadeciéndote; y, sin embargo, tus hijos verdadero engendro de víboras, en quienes confiabas, ¿qué te han proporcionado fuera del hambre, de la peste y de la espada?"

Con ello queda patente que, frente al relato escueto y conciso de los hechos, se añade la consideración y reflexión alta mente madura de la envidia de los mismos.

Vaya, pues, a San Julián, el homenaje que si como historiógrafo merece, aparte su aspecto religioso y de personaje literario, rendimos hoy los militares actuales a través de esta modesta contribución que ha intentado poner de relieve el valor y agudeza que su obra encierra en el estudio de una campaña y hechos de los que deducimos, sin género de dudas, la sagacidad y dotes tácticas que el rey Wamba albergaba y que, aun en el declinar de su vida, mostró de manera tan patente.